

«aquello» era precisamente algo que no se relacionaba ni con nuestra carne ni con la nada. Carne y nada que nos hacen prorrumpir en exclamaciones ascéticas: «No somos nada, no somos nada», pensándolo, casi siempre, cuando no lo creemos de verdad.

Y se levanta Sigüenza y se asoma a la tapia. Los montes desnudan hoy gloriosamente su forma; forma pensada, de la escultura del paisaje. El mar remoto es de piedra azul, y en medio, inmóvil, con las alas rectas, arde toda blanca, la anunciación de un falucho. Dentro del hortal suena un ruido fosco, decrepito: después, golpes frescos, joviales, de vendimia. Es que Gasparo y los labradores arrastran el ataúd de la abuela; lo hunden a patadas en el nicho. Se dobla un poco el cadáver contra la bovedilla. Desde un rincón, la calavera se miraba todo su cuerpo, y así para siempre, porque el nicho ya está en colmo. Y lo cierran. Mediodía. Se quedan solos Gasparo y Sigüenza. Plenitud de Junio. Se hincha el valle respirando, y Sigüenza recibe el olor y el tacto de la calma de los árboles calientes. Campanas de San Pedro. Años y años subirían los campaneos de las fiestas, acostándose quietecitos entre las cruces.

## 2

Sigüenza y Gasparo caminan abriendo con las rodillas el sembrado alto de geranios, de dondiegos, de gramíneas. Y se paran mirando un herbazal tierno que ondula, se frisa y vuelve a su quietud viva, como si acabase de hollarlo alguien invisible.

Y Gasparo se ríe. Le refiere de su oficio con su habla oscura y abrasada de fumador pobre.

En lo antiguo, aquello que pisaban no era todavía campo santo. El campo santo estaba en las últimas peñas y ruinas del castillo de moros. Todo lo nuevo—y Sigüenza lo ve tan viejecito—, todo lo nuevo ha crecido en las manos de Gasparo Torralba; él subió en serones la tierra blanda de los huertos. Habrá dos brazadas encima del espinazo del cerro.

Van pasando por un callejón de panteones. En medio está el de la familia más hacendada; la hornacina ciega, sin imagen; el altar, rudo; la lámpara, sin vaso; todo sin acabar, como las mejores casas del pueblo, también sin acabar. Es el sancio de las gentes de la comarca, que principian una obra, fuman, se duermen, y al despertarse toman otro propósito y se aburren.

Uua cuesta entre casillas y jaulas de sepulturas y vertederos de pedregales.

Gasparo coge una piedra tirándola como un pastor a una cabra zaguera. Allí donde atinó, en una fosa de escombros, está enterrado un forastero. Amaneció en el hostal. Paseó por el calvario. Rodeó las paredes del cementerio. Se paraba, se asomaba al hondo. Le veían desde todos los portales del pueblo, y él encogióse de un brinco y calló rebotando en las rocas y piteras. Allí, en la cantonada del muro, lo puso Gasparo, sin ataúd, sin un lienzo que le separe del tacto y del peso del pedregal. No tiene ni cruz. Ruedan los años y nadie pregunta por él; y este olvido y este silencio ponen como una lápida lisa encima de muchas leguas profundas de cadáver.

En cambio, arrimada a la tapia, cría musgo una lápida de verdad, sin tumba. Sigüenza la vuelve, y lee:

«Doña Salvadora Peñalva y Moscardó.

»Ya que nos arrebató tu alma hermosa  
el Dios de Abraham con su potente mano,  
flores prodigarán sobre esta losa  
y lágrimas un padre y un hermano.

»Nació en Alberique, a 25 de Diciembre de 1835. Falleció en esta villa a 19 de Junio de 1858.»

Primera meditación de Sigüenza: Salvadora nació en la

Navidad de 1835 y murió en Junio de 1858. Tenía veintitrés años. Yo he doblado los cuarenta años. Salvadora nació en 1835; en la Navidad que viene cumpliría ochenta y siete años. ¡Veintitrés... ochenta y siete...! Ahora ya quizá habría muerto. Veintitrés... ochenta y siete. De modo que ella. ¡De modo que yo..!

Necesita Sigüenza más sutilidad de pensamientos.

Segunda meditación.: El Dios de Abraham con su potente mano... Flores y lágrimas de un padre y de un hermano encima de una losa, desde 1835... ¿Dónde está Salvadora Peñalva? Todo tan concreto: «Nació en Alberique, a 25 de Diciembre de 1835. Falleció en esta villa a 19 de Junio de 1858.» Un hueso, un andrajo, algo de Salvadora tan concreto como sus fechas.

Y Gasparo Torralba se ríe lamiendo la goma de un cigarro.

Tampoco se le ocurre a Sigüenza decirse no somos nada, Es de ella de la que no queda nada, porque ni la losa es suya, y han de arrimarla, suelta, contra un muro.

Gasparo enciende con yesca su cigarro, y suelta el humo tupido como una lana, y da con su alpargata un azadonazo en el suelo.

—¡Por ahí estará en la tierra!

Pero no hay tierra, sino un osario molido, un entramado de raíces de un bosque de generaciones taladas; y al pisarlo, crujen y salen briznas, aristas, siempre menuditas, como si nada más fueran de huesecitos de niños. En todo aquel recinto del cementerio antiguo no había más cadáver conocido que el del suicida forastero.

—Toda esta tierra y las paredes, todo lo acabé de llenar cuando el cólera—Gasparo dice *colic*, y la palabra y la epidemia tienen más filo asiático, más filo convulso.

Entonces faenaba de noche, sin farol, para que las gentes, en acecho, no se sobresaltasen.

Fué con su mulo a recoger dos muertos de una masía: padre y un hijo. Pero llegó muy pronto. Aún vivía el hijo, y se sentó en el portal hasta que le dijeron: «Ya están los dos». Y los ató juntos en el albardón del macho.

—Cuando vine aquí era la madrugada, y en lo más fondo me salió... ¿A que no lo adivina?

Gasparo se ríe, subiéndose la faja.

—Me salió una raposa. Se golpeaba de reconcomio. Los dos nos embestimos. Yo con el legón le arranqué una oreja; ella me mordió en el hombro. Yo me cogí de su rabo y tiré; ella se revolvió; se me quedó todo el pelo entre los dedos como si fuese barbas de avena; y la galopa botó en mis costillas, y de mis costillas, al tapial, y se fué con el maslo desollado y sangrando...

Por la brega se olvidó de los dos difuntos: sus cajas resonaban de carreras y chillidos de ratas, y con las ratas dentro tuvo que enterrarlos. Desde lejos aún las sentía pelearse.

Gasparo no podía remediarlo. No paraba por veredas, por barrancales; de heredad en heredad, con su mulo, cargando y descargando muertos.

Bien le preguntaría Sigüenza: «Oiga, Gasparo Torralba, ¿y entre todos esos huesos, ya tan escomidos y frágiles, no los habrá de algún enterrado vivo?» Pero, no, no se lo dice, porque sería sospechar de su pericia de enterrador.

Gasparo le coge confidencialmente de un codo, y le muestra los herbazales. Entre la frescura va pasando una vibración de lumbré. Otra vez se imagina Sigüenza que se deslicen las pisadas de alguien, de una aparecida invisible.

¡Y añade Gasparo:

—No había nicho donde no criaran las ratas. Mordían las raíces y los tronchos de los geranios, de las malvas, de las rosas y hasta la leña de las cruces. Una perdición. Yo las